

¡Cruza ya! Tiempo y sostenibilidad relacional urbana

Cross over now! Time and urban relational sustainability

Carlos Silva y Lupicinio Íñiguez

Universitat Autònoma de Barcelona

carlos.enrique.silva@gmail.com, lupicinio.iniguez@uab.es

Resumen. En el siguiente texto, en primer lugar, recorreremos bibliográficamente las nociones de sostenibilidad y de relaciones urbanas sostenibles. Destacaremos el vínculo entre la bibliografía revisada y el acto de cruzar la calle en puntos gestionados semafóricamente. Asimismo, ofreceremos una mirada distinta de tiempo al interior de la sostenibilidad relacional urbana, la cual hemos llamado tiempo vertical. En este sentido, confrontaremos nuestra propuesta con la visión más habitual que decidimos llamar tiempo horizontal. Para finalizar, fundamentaremos nuestros argumentos con notas etnográficas teniendo como fondo analítico la descripción densa (Geertz, 2003), aunque cabe advertir que nuestra aproximación no se aviene a la perspectiva antropológica sino a la psicosocial. Así, asumiremos como plataforma teórica algunos de los supuestos de la Teoría del Actor-Red (Latour, 2005, 2002, 2001). Por modo de conclusión, afirmamos que la sostenibilidad relacional urbana es afín a la complejidad. Para entenderla es necesario tomar en consideración los complejos auxiliares, i.e., a los agentes humanos y los agentes no humanos, o como diría Latour (2005), la intersubjetividad y la interobjetividad.

Palabras clave. Sostenibilidad, sostenibilidad relacional urbana, descripción densa, teoría del actor-red, etnografía.

Abstract. In this paper, we carried out a review of the different notions of sustainability and urban sustainable relationships in recent scientific papers. We related some of those notions to a specific event: crossing the road in places managed by traffic lights. We used an idiosyncratic approach to temporality in the sphere of the above-mentioned relationships. Accordingly, we presented the concept of vertical time opposing the traditional view, which we called horizontal time. Lastly, we offered a pair of instances taken from a field diary constructed on the basis of Actor-Network Theory (Latour, 2005, 2002, 2001) and certain interpretation of thick description as suggested by Clifford Geertz (2003). We concluded that urban sustainable relationships are complex, and in order to understand them it is necessary to take into account human and non-human mediators; i.e., intersubjectivity and interobjectivity (Latour, 2005).

Keywords. Sustainability, urban sustainable relationship, thick description, actor-network theory, ethnography.

La sostenibilidad se refiere a un conjunto de disposiciones y de actuaciones que persiguen garantizar en el presente la continuidad de la existencia humana y ambiental de cara al futuro. Si vemos de cerca estas palabras e intentamos buscar en la realidad próxima y lejana ejemplos concretos, no nos resultaría difícil constatar que en nuestro mundo proliferan las entidades sostenibles. Los seres humanos y la naturaleza las producen para que esa existencia, al menos en apariencia, se facilite y no se interrumpa. Si un río caudaloso no permite vadearlo sin correr peligro de muerte, entonces los humanos construimos un puente. Si los inviernos son crudos, construimos casas para guarecernos de las inclemencias del clima. Si necesitamos respirar oxígeno, entonces hay plantas que lo producen, y así pudiéramos enumerar miles de casos de sostenibilidad que pueblan nuestra vida cotidiana. El problema es que los humanos también pueden producir lo contrario, es decir, insostenibilidad. En términos de Michel Serres (1985, p. 30),

“el crecimiento de nuestros medios nos arrastra, a una velocidad difícil de estimar en la dirección de la destrucción del mundo que, por un efecto retroactivo bastante reciente, puede condenarnos a todos juntos, y ya no por localidades, a la extinción automática.”

Estas palabras, sin duda alarmantes, nos interpelan y tácitamente exigen que nos

detengamos, pensemos y hagamos algo para frenar ese letal proceso dromológico (Virilio, 2006). Ya hay personas trabajando en pro de la construcción de un mundo sostenible, puesto que de continuar relacionándonos con el mundo tal como lo venimos haciendo, muy pronto dejaremos de tener mundo. Por lo tanto, resulta imperativo obturar la inminencia de la 'extinción automática' y construir modos más sostenibles de estar con el Otro y con lo otro.

Llevar a cabo esta tarea no es cosa fácil. Para hacerlo, es necesario tomar en cuenta la diversidad. Los humanos y las cosas, tanto en su ser como en su hacer, tienden a diferir entre sí. A continuación presentamos una de las muchas alternativas que existen para avanzar un poco hacia la construcción de un mundo común y sostenible. En este sentido, en primer lugar, haremos un recorrido descabado por algunas publicaciones que han abordado el tema de la sostenibilidad. En la medida de lo posible, durante ese recorrido resaltaremos el vínculo entre esas publicaciones y un acontecimiento específico, a saber, *cruzar la calle en puntos gestionados semafóricamente*. Cabe advertir que cuando decimos 'descabado', estamos reconociendo que cualquier recorrido centrado en la sostenibilidad tiene que vérselas con un montante enorme y complejo de referencias que facilitan la exclusión de muchos y variados temas adyacentes.

En segundo lugar, introduciremos la idea de tiempo vertical. Adelantamos que se trata de una visión contra-intuitiva, y que, por lo tanto, no existe de nuestra parte la pretensión de cambiar radicalmente las visiones que habitualmente conforman el imaginario social. Solamente esperamos que ocupe un lugar modesto pero visible al lado de esas visiones. En tercer lugar, haremos una breve referencia a la Teoría del Actor-Red (Latour, 2005, 2002, 2001) y del lugar que ocupa al interior de nuestro trabajo. Advertimos que no ofreceremos un desarrollo conceptual de esta teoría. Más bien, nos serviremos de ella como fondo heurístico para distinguir las conexiones entre entidades heterogéneas que, a primera vista, parecen estar muy distantes las unas de las otras. Así, la lectora o el lector no encontrará aquí un apartado que lleve el rótulo de 'Marco Teórico'. Incluso, hablaremos de la teoría en un lugar en apariencia inesperado o inusual para ciertas ortodoxias científico-sociales. En cuarto lugar y casi al cierre del artículo, ofreceremos dos ejemplos con entradas de nuestro diario de campo, no sin antes referir brevemente el tipo de etnografía que asumimos y la manera como tomamos en préstamo la noción de 'descripción densa' que Clifford Geertz (2003) a su vez tomara prestada de Gilbert Ryle (1990). Aclaremos que no se trata de una 'sección empírica' propiamente dicha. Es una forma compacta y puntual de mostrar la relación entre cruzar la calle, la sostenibilidad urbana y el tiempo vertical.

La sostenibilidad: un recorrido descabado

Ya es una costumbre decir que la primera vez que se usó la noción de sostenibilidad fue en la *Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo*, conocida como

la *Cumbre de la Tierra*, celebrada en Río de Janeiro, Brasil, en junio de 1992. Sin embargo, Tomi J. Kallio, Piia Nordberg y Ari Ahonen (2007, p. 48) sostienen que esta noción salió a la luz pública cinco años antes, en la *Comisión Brundtland* o *Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo* [CMMAD].

Según esta Comisión, “*el desarrollo sostenible es el desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades*” (CMMAD, 1988, p. 67). Cabe decir que en esta definición las ‘necesidades’ hacen referencia a ‘las necesidades esenciales de los pobres’. Así, tácitamente se asume que el significado de ‘necesidad’ es bien conocido, sobre todo cuando se lo relaciona con las personas pobres que viven en el llamado tercer mundo. Dicho negativamente y con pocas palabras, los países de ese mundo son considerados insostenibles. En este sentido, el desarrollo sostenible y su priorización de los pobres implica que “en los países en desarrollo no se satisfacen las necesidades esenciales –alimento, ropa, abrigo, trabajo– de gran número de personas” (CMMAD, 1988, p. 68). Del mismo modo, lo uno y lo otro suponen que el desarrollo sostenible se pensó para que en esos países esa situación cambiara completamente.

No obstante, antes de que la CMMAD publicara su informe, la idea de sostenibilidad estaba precedida por el término ‘uso’. Tal como hemos venido anunciando, llevamos a cabo un recorrido bibliográfico siguiendo el rastro de la noción de uso sostenible. Lo más lejos que pudimos remontarnos fue el año 1981, específicamente hasta una reseña que D. M. Harding (1984) hizo de un libro cuyo título era “*Assessing tropical forest lands: Their suitability for sustainable uses*”, publicado en Irlanda. Harding llegó a la conclusión de que ‘uso sostenible’ era un término que se utilizaba de manera superficial, y los acercamientos carecían del rigor que hace que un libro sea considerado científico.

La segunda referencia que encontramos fue la de Raymond Dasmann (1985). Este autor partió de la nostalgia de una época aparentemente sencilla donde la relación entre los seres humanos y su ambiente no disminuía existencialmente ni a los primeros ni al segundo. Dasmann consideraba que el uso sostenible comenzó a formar parte de la empresa humana cuando sus integrantes lograron desarrollar una conciencia de sus límites, así como también una cierta destreza para distinguir los efectos de la explotación excesiva de los recursos que sostenían esa empresa. A esas primeras agrupaciones humanas, Dasmann las denominó ‘culturas tribales’, es decir, sociedades primigenias que vivían en armonía con su medio ambiente. Eran sedentarias al punto que se hacían Una con el lugar. Entre sus habitantes y su entorno había una relación íntima de conservación mutua; eran más suficientes que opulentos. Esta intimidad relacional conservadora (en el sentido de cuidar de la permanencia de algo) es lo que Dasmann reconocía como uso sostenible.

Ahora bien, además de grupos sedentarios, también había y sigue habiendo grupos de nómadas. Precisamente, a estos últimos se les atribuye el uso insostenible. Dado que van de paso, no tienen a su disposición el tiempo necesario para construir una relación cercana con el ambiente que los rodea. La ignorancia del sitio por el que pasan, favorece que los

componentes *naturales* del lugar corran el peligro de verse seriamente afectados, cuando no aniquilados. Dando un salto hacia el presente, las personas que viven en la ciudad son consideradas como fiduciarias de las acciones nómadas. Según esta lógica, las gentes de ciudad se relacionan disruptivamente con los ecosistemas y acaban con ellos. Claro, cualquiera puede objetar que vivir en una ciudad es una modalidad de sedentarismo. Sin embargo, en la persona de ciudad se da una especie de nomadismo instantáneo que surge en el momento producto de los desplazamientos cotidianos. Vive en su casa, sí, y en la mayoría de los casos cuida de ella, pero en otros espacios, digamos que públicos, va de paso, y no se siente parte de ellos. Son lo que Zygmunt Bauman (2003) reconoce como lugares vacíos de sentido.

Desde el punto de vista de Dasmann, los seres humanos también han promovido la producción y aplicación del saber científico para gestionar las tierras y los recursos naturales en general. Esto ha facilitado el intercambio de destrezas y de técnicas entre las personas del mundo. Este proceso podría orientarnos hacia la construcción de plataformas novedosas para el uso sostenible de los recursos contextuales.

Rodrigo Gámez (1991) afirma que el uso sostenible tiene que ser beneficioso. La biodiversidad debe integrarse por completo a la sociedad con el fin de protegerla. Esto quedaría garantizado si se siguen al menos tres pasos: 1) salvaguardar la biodiversidad; 2) conocerla; 3) ponerla a trabajar. Según Gámez, uso sostenible significa '*servirse de*' sin que la fuente ni los beneficiarios salgan perjudicados durante el proceso ni luego se vean privados de disfrutar del servicio.

Por su parte, Werner (1993) arguye que el uso sostenible depende de la confluencia tanto de las personas como de los objetivos de al menos tres sectores: 1) los usuarios que deciden cuán intensivo será el uso que darán a los recursos de su entorno; 2) las organizaciones privadas, que intentan adaptarse al marco socio-económico; 3) las instituciones públicas, que crean ese marco a través de políticas ad hoc. Cabe decir que este orden no es lineal. Los sectores y sus acciones se solapan, se obstaculizan o se mantienen al margen. Las políticas pueden favorecer a los usuarios y al entorno, pero sin inversión privada. Sin embargo, también puede suceder que los entes privados se interesen por el uso sostenible, pero la desconfianza o desconocimiento de los usuarios y las políticas dificultosas pueden convertirse en un obstáculo insalvable. Esta diferencia de intereses es producto del desconocimiento de los vínculos entre técnica y naturaleza, así como también del modo como la naturaleza y la sociedad se van transformando.

Para Richard Carter y Peter Howsam (1994), en torno del uso sostenible giran conceptos como resistencia, adaptabilidad y tenacidad. Una acción sostenible es la que refrena o supera las amenazas a fin de beneficiar tanto a las generaciones presentes como las futuras. No obstante, estos autores distinguen un par de dificultades: 1) los límites de las amenazas potenciales que deben ser consideradas y, 2) la temporalidad donde se desarrollan. Una acción que en un momento determinado fue considerada sostenible, puede ser juzgada como insostenible en otro momento. Este resultado se debe a la discrepancia

entre las amenazas endógenas, las exógenas y las respectivas acciones que pueden contrarrestarlas.

Carter y Howsam (1994, p. 277) proponen una “*noción pragmática de sostenibilidad*” que supone asumir dos generalizaciones: 1) las amenazas internas son predecibles y graduales; 2) las amenazas externas son impredecibles y catastróficas. Una acción es sostenible si las amenazas internas han sido evaluadas y consideradas insignificantes y si las amenazas externas permiten que esa acción sea factible. Debido a su carácter cambiante, tener presente todas las amenazas externas no es práctico. Llama la atención que estos autores consideren que tanto la política como la economía son ámbitos más cambiantes que la gestión de los recursos por parte de los usuarios.

Antes de pasar a la siguiente referencia, es necesario hacer una aclaración. Bruno Latour (2002, p. 33), sugiere el término ‘sociotécnico’ para referirse a una persona que es sociólogo y técnico al mismo tiempo, esto es, para referirse a una persona que practica la que él mismo llama ‘ingeniería heterogénea’, y que lo lleva a unir cuestiones sociales y cuestiones propiamente tecnológicas. Por su parte, Ulgiati, Brown, Bastianoni y Marchettini (1995), unos cuantos años antes, definen la ingeniería ecológica como la disciplina que está en la interfaz entre el ambiente y la sociedad. Su esfera de actuación es el entendimiento cuantitativo de las relaciones entre los sistemas humanos y la biosfera. En este sentido, y a pesar de la brecha temporal, consideramos que su perspectiva pertenece al ámbito sociotécnico. Ulgiati *et al.* (1995, p. 519) vinculan la sostenibilidad con “*beneficios en red*” para optimizar la relación entre los sistemas humanos y el ambiente.

Puesto que la heterogeneidad y profusión de los trabajos sobre la sostenibilidad excede los límites propios de las publicaciones científicas al uso y, además, pueden desviarnos significativamente del argumento inicial, nos permitiremos dar un salto temporal y ofreceremos referencias más recientes, siempre de una manera puntual. Cabe aclarar que debido a su brevedad y diversidad, nuestros comentarios no están basados en un criterio de filiación, tampoco en un criterio de relevancia, sino de co-presencia en los resultados de la investigación documental.

A la hora de estudiar e intentar comprender los usos sostenibles, autores como Per Pinstrup-Andersen y Rajul Pandya-Lorch (1998) sugieren tener presentes al menos cinco elementos: 1) globalización guiada, lo cual permite alcanzar metas de eficiencia y de equidad con base en políticas globalizadoras para gestionar la información; 2) implementación de políticas de desarrollo y aplicación de tecnologías que beneficien a los pobres; 3) aumento del interés por la salud y por los riesgos medioambientales; 4) gestión del ritmo acelerado de urbanización; 5) reconocimiento de la importancia del capital social.

Dando otro salto temporal, en el año 2002, un grupo de psicólogos ambientales de la Universidad de Barcelona planteó la conformación de una red de investigación. Esta red orientaba su trabajo según tres grandes factores: 1) la ciudad, 2) la identidad y 3) la sostenibilidad. La publicación de sus bases teóricas también ocurrió en 2002 (Pol, 2002).

Estas bases, grosso modo, afirman que para lograr un ambiente urbano sostenible debe conformarse, en primer lugar, una identidad social. Debe existir un tejido social que permita a los habitantes de ese ambiente reconocerse a sí mismos como un grupo o como una comunidad, compartir rasgos prototípicos y lograr un cierto nivel de cohesión social. Esta red sostiene que una ciudad no es una estructura física que moldea las actitudes hacia el ambiente y nada más. Una ciudad es un universo simbólico compartido, es decir, una comunidad. Así, una ciudad es un ambiente social y físico a la vez, esto es, que está hecho de símbolos y de materia que permiten construir una identidad social (Pol, 2009). A partir de estos argumentos, se puede inferir que las particularidades estructurales del espacio pueden promover, activar o imposibilitar tanto el proceso de simbolización como el proceso de construcción de la identidad social, y, en consecuencia, las posibilidades de realización de la sostenibilidad relacional urbana.

Desde la perspectiva de Katie Williams y Claire Dair (2007), las relaciones urbanas sostenibles sólo son técnicamente posibles si los materiales y diseños utilizados contribuyen con la sostenibilidad utilizando sus propios recursos. Por ejemplo, el uso de materiales de construcción que sean amigables con el ambiente. Por otro lado, estos autores también hablan de la sostenibilidad conductual, es decir, el conjunto de acciones sostenibles de los humanos que viven, trabajan y recrean en un determinado espacio. Por ejemplo, depositar los desechos ya categorizados en los contenedores correspondientes para favorecer el reciclaje.

La sostenibilidad también puede considerarse como un producto procesual que se consigue a partir de los reiterados ajustes que exige una actualidad más o menos caótica (Bagheri y Hjorth, 2007). En este sentido, la sostenibilidad evoluciona, y las sociedades requieren promover comportamientos que se adapten a lo que Peder Hjorth y Ali Bagheri (2006) y Ali Bagheri y Peder Hjorth (2005) llaman 'bucles de viabilidad'. Estos bucles están compuestos por el flujo y el desarrollo de información/conocimiento o de materia/energía que mantienen el sistema en un equilibrio relativo. Por ejemplo, si cerca de los conjuntos residenciales se colocan tres contenedores para reciclar los desechos orgánicos, el plástico y el papel respectivamente, y sin embargo los usuarios continúan mezclándolos, lo sociotécnicamente sostenible es ofrecer contenedores portátiles que puedan tenerse en casa.

Axumite Gebre-Egziabher (2004) sostiene que nuestro siglo, el XXI, es básicamente urbano. Las ciudades han cobrado una relevancia nunca antes vista. De hecho, según estos autores, cerca de la mitad de la población mundial reside en ciudades¹. Como era de esperarse, este proceso de urbanización extrema y acelerada también ha generado pobreza urbana. En este sentido, las relaciones sostenibles solamente pueden surgir si se alcanza una suerte de homeostasis entre el crecimiento urbano y las oportunidades que ofrecen los recursos ambientales en los espacios de la ciudad. Para ello, habría que tener presentes aspectos como la infraestructura, los servicios, la salud pública, la gestión de los desechos y

¹ Según el *United Nations Fund for Population Activities*, en octubre de 2011 la población mundial será de siete mil millones de personas. Una de cada dos de esas personas vivirá en una ciudad. (Ver <http://www.unfpa.org/swp/>).

el transporte.

Por su parte, Kallio, Nordberg y Ahonen (2007) aseveran que existen dos corrientes dominantes en el estudio de la sostenibilidad: la débil y la fuerte. En la corriente débil, el *quid* de la sostenibilidad se encuentra en el medioambiente. En cambio, al interior de la corriente fuerte se sostiene que es necesario promover y mantener la vida por la vía de la reconciliación entre humanos y no-humanos. Este aspecto, dicho sea de paso y desde nuestra perspectiva, es fundamental para el desarrollo de una concepción de sostenibilidad relacional urbana.

Ralf Tils (2007) identificó cinco categorías para medir la sostenibilidad: integración horizontal y vertical, participación, mecanismos de implementación, monitoreo y evaluación. Pensamos que su manera de implementar lo que Bruno Latour (2005) llama *plantilla estructurante* (es decir, tecnología intelectual materializada por los técnicos), puede ser de gran ayuda para tratar de asir comprensivamente una noción tan polimorfa como la sostenibilidad.

Iderlina Mateo-Babiano y Hitoshi Ieda (2005) afirman que la construcción de una nueva cultura de la movilidad en los espacios urbanos es una necesidad. Hay que construir materialidades (aceras, vías para bicicletas) y promover políticas informativas que sugieran a los ciudadanos evitar el uso de automóviles y optar por medios de transporte más amigables con el ambiente urbano, por ejemplo, el tren urbano o la bicicleta.

De todos los autores revisados, James Keirstead y Matthew Leach (2007) son de los pocos que se centran específicamente en la sostenibilidad urbana. Así, proponen lo que llaman 'nicho de servicio' [NDS] y sostienen que es preciso desarrollar un conjunto de indicadores en pro de un enfoque de sostenibilidad urbana que sea tangible, claro e integrado. Para alcanzar este objetivo, Keirstead y Leach sugieren centrarse en investigaciones innovadoras que estudien tanto la difusión de nuevas tecnologías energéticas como la gestión de servicios y de recursos. Los autores piensan que creando roles puntuales y bien definidos para los indicadores y para los actores se puede conocer cuán efectiva puede llegar a ser la sostenibilidad en una esfera más amplia.

Un buen NDS debe tomar en cuenta criterios como: 1) presencia extendida, es decir, debe tener presente si el servicio se conecta con múltiples aspectos de la agenda de sostenibilidad; 2) orientación hacia una meta, esto es, se debe poder plantear una meta clara y relevante para el servicio; 3) valor heurístico, se debe tener claro si el servicio, así como la meta asociada, facilitan una discusión explícita de los principios de sostenibilidad. El servicio y su finalidad deberían seleccionarse de modo tal que emerjan las dificultades de la sostenibilidad urbana.

La superación de esas dificultades implica, según Keirstead y Leach, una aproximación basada en los NDS donde se discutan de manera interconectada los asuntos relacionados con la energía, el agua, los desechos y el transporte. Esto permitiría tener una visión más o menos clara y a pequeña escala de lo que luego sería un plan de trabajo abarcador y, sobre

todo, viable que asegure cualquier proyecto de sostenibilidad urbana.

En resumen, a la hora de definir o implementar la sostenibilidad relacional urbana sería recomendable tomar en cuenta, si no todos, al menos la mayoría de los siguientes cursos de acción:

- a. Promover y desarrollar una intimidad relacional de conservación entre humanos y no-humanos que favorezca el uso de dispositivos sociotécnicos para la gestión óptima y por tanto exitosa de esa relación.
- b. Asumir una disposición crítica y al mismo tiempo pragmática que permita distinguir y neutralizar las amenazas tanto endógenas como exógenas a toda iniciativa de sostenibilidad relacional.
- c. Aplicar normativas que reduzcan las tendencias que amenacen los planes y acciones de sostenibilidad relacional urbana.
- d. Promover el diseño de proyectos que optimicen la relación entre los sistemas humanos y el ambiente, que dejen claros los beneficios en red que producirían.
- e. Distinguir o generar, en el marco de la globalización, políticas de gestión de la información que difundan la sostenibilidad relacional urbana.
- f. Hacer confluir los aspectos técnicos y los aspectos comportamentales de la sostenibilidad, por ejemplo, producir entidades no-humanas sostenibles y actuar de manera sostenible respecto de esas entidades.
- g. Conseguir un equilibrio entre el crecimiento urbano y las oportunidades que ofrecen los recursos ambientales en los espacios de la ciudad.
- h. Asumir, promover y mantener una comprensión simétrica entre humanos y no-humanos, es decir, no aventajar ni a los unos ni a los otros en el plano de la existencia.
- i. Generar políticas públicas integradas y participativas, materializadas tanto por los técnicos como por los no-técnicos, que favorezcan la co-construcción de una nueva cultura de movilidad sostenible en los espacios urbanos.
- j. Procurar que los servicios estén interconectados con los varios y diversos aspectos de la agenda de sostenibilidad, la cual debe tener metas claras y relevantes y, además, debe facilitar la discusión pública abierta, crítica y reiterada.
- k. Intentar que las características estructurales del espacio faciliten y aceleren un proceso de simbolización orientado a la formación de identidad social, con miras a aumentar las posibilidades de realización de la sostenibilidad relacional urbana.

En un primer momento, una revisión y un resumen como los que acabamos de ofrecer, no muestran una relación directa y diacrítica con un acto aparentemente insignificante como cruzar la calle. Tanto la revisión como el resumen, parecen referirse a aspectos más bien generales que se ubican, la mayoría de ellos, en el plano de la prescripción y del desiderátum, esto es, si las personas los tomaran en cuenta, todo iría mejor. No obstante, desde nuestra perspectiva, la particularidad importa tanto como la generalidad. Por ejemplo, una nota muy breve del diario de circulación gratuita *Què* (2010)² reporta el arrollamiento de un menor mientras cruzaba la Av. Meridiana a la altura de Espronceda. La nota destaca estadísticas alarmantes: “...en 2009 se han producido cuatro accidentes graves”, “El año pasado se cerró con un total de 1.308 [atropellos], 16 de ellos fueron mortales”, etc. También resalta la posición de algunos ciudadanos habituales del cruce:

“Muchos vecinos de la avenida Meridiana caminan con miedo por los pasos de cebra. Se quejan de que tienen muy poco tiempo para cruzarlos, que en muchas ocasiones se tienen que quedar a mitad de camino y que los vehículos circulan a demasiada velocidad por la amplia arteria barcelonesa.” (p. 4)

Sin embargo, nunca se hace referencia directa al semáforo, aun cuando en la foto que acompaña la nota se ven dos. Bien pudiera decirse que no nombrarlo en modo alguno significa que no se lo tome en cuenta. El semáforo está presente elípticamente en expresiones como “*tienen poco tiempo para cruzarlos*”, “*se tienen que quedar a mitad de camino*”. No obstante, tal vez por tratarse de una nota de prensa, no se sugiere delegar en ese artefacto la función de gestionar el cruce de manera tal que se reduzcan los accidentes. Nos referimos a que si las personas afirman que no les da tiempo de cruzar, basta con aumentar el temporizador de los semáforos para que al menos ese problema desaparezca. Una latencia mayor entre una luz y otra se traduciría en mayor seguridad, en una reducción significativa de los accidentes y, en consecuencia, un aspecto de la relacionalidad urbana sería más sostenible.

En un ejemplo como el de arriba están presentes casi todos los ordinales descritos. Para que cruzar la calle, al menos en ese punto específico, sea sostenible, es decir, para que no se ponga en riesgo la continuidad de la existencia de las personas que cruzan ahora y los que seguirán cruzando en el futuro, haría falta poner en práctica los ordinales a, b, c, f, h, i. Dicho en términos negativos, cruzar la Av. Meridiana, en ese punto, es insostenible porque no se ha promovido ni desarrollado una intimidad relacional de conservación entre las personas y los dispositivos de gestión de la movilidad urbana, porque no se han distinguido ni neutralizado las amenazas así como tampoco se han reducido los riesgos que implica cruzar esa avenida acaso por no darle un peso específico a entidades no humanas (v.g., semáforos, vallas, bolardos, trazado peatonal, coches) y a las humanas mismas en términos de sus hábitos y necesidades de movilidad (v.g., escuchar las quejas).

Así las cosas, en lo que corresponde a la sostenibilidad relacional urbana, el pequeño acontecimiento tiene más importancia que la que habitualmente le asignamos.

² *Què* (2010, 14 de diciembre). Un paso de cebra peligroso. p. 4

Parafraseando a Sherry Turkle (2007) y teniendo como telón de fondo buena parte del pensamiento de Latour (2001, 2002, 2005), el pequeño acontecimiento tiene el poder de limitarse y de limitar y, al mismo tiempo, posee todo lo necesario para que se elaboren enunciados sobre una generalidad que excede esas limitaciones. El pequeño acontecimiento cataliza la creación, es heurístico por excelencia; invita a indagar y a descubrir. El pequeño acontecimiento hace confluir pensamiento y sentimiento. El pequeño acontecimiento permite que nos identifiquemos con él y que a su vez nos sintamos identificados con nosotros mismos respecto de él. En fin, la potencia del pequeño acontecimiento marca nuestra preferencia por algo aparentemente insignificante como cruzar la calle y tratar de distinguir los vínculos que este acontecimiento específico tiene con la sostenibilidad relacional urbana. Consideramos que las políticas de sostenibilidad relacional de corte institucional y las relaciones sostenibles en el marco de la vida cotidiana no tienen por qué ser divergentes o estar en planos comprensivos incomparables. En la cotidianidad se manifiesta el sentido patente de la sostenibilidad, inclusive en un evento, insistimos, en apariencia simple como el que nos interesa. Sólo hace falta tomar en cuenta factores como los antes señalados y, al mismo tiempo, ubicarse en un marco temporal *diferente* para distinguir su relevancia.

Por lo general, la sostenibilidad, tal como puede verse en algunos momentos de nuestra revisión, implica la admisión explícita o implícita de una idea de tiempo que, en cierto modo, demora la realización de la sostenibilidad misma. Esa idea precisa que los eventos se desplieguen a lo largo de una línea temporal que va de un pasado irresponsable donde se gesta un presente insostenible y que a su vez debe dirigirse hacia un futuro sostenible. En este sentido, la sostenibilidad es *aquello que llegará*. Por el contrario, para nosotros, la sostenibilidad es aquello que debe ocurrir *ya*, tal como ocurre *todo lo demás*. Los actores cruzan la calle *ya*, y en el presente de ese acontecimiento se pueden distinguir todos los agentes humanos y no humanos que permiten determinar cuán o de qué manera es sostenible ese mismo acontecimiento y los que con él hacen red. Dicho de otra manera, permiten afirmar si es seguro o no cruzar la calle, o si la vida se pone o no en riesgo, si, en fin, estar con el Otro en la ciudad es posible y no compromete la continuidad de su existencia, no a largo plazo de cara al futuro, sino en el instante que vendrá. En la próxima sección diremos cómo es ese marco temporal.

La horizontalidad del tiempo

Explícita o implícitamente, suele asumirse que el tiempo es una especie de oblonga matriz metafísica sobre la cual los acontecimientos se desdoblan. Siguiendo esa línea, se entiende que el tiempo es una instancia inmaterial que no se puede eludir y contra la cual no se puede luchar, donde se distribuye el darse en el mundo del existente. Esa distribución, como ya se sabe, ocurre en la mencionada matriz en forma de ocupación en uno de al menos tres puntos que ya nos resultan hartamente naturales: el pasado, el presente y el futuro. En el pasado se encuentra lo que fue y lo que estuvo; en el presente, lo que en efecto es y

está; y en el tercero, lo que será o estará. Si nos detenemos por un momento en este resumen superficial de la cuestión del tiempo, notaremos que en el uso de los verbos *ser* y *estar* ya está implícita la temporalidad lineal (Abbott, 2001). Sin esa implicación sería muy difícil, por no decir imposible, hablar tanto del tiempo como de cualquier cosa que ocurra en él. En este sentido, el lenguaje adopta la forma del tiempo lineal cuando hace referencia a lo que sucede y a lo que se hace en general. Conjuguar un verbo es expresar cuál parte del tiempo corresponde a cada flexión de ese verbo: *fue*, *es*, *será*. Esta lógica óptica, por llamarla de alguna manera, también aplica para algunos sustantivos, por ejemplo, *muerto*: que estuvo vivo; o *vidente*: que adivina el futuro.

Este tiempo de las palabras y de las cosas que pasaron, pasan y pasarán, es un tiempo horizontal (aunque a veces se le añade cierta inclinación, v.g., *la cuesta del progreso*, *el crecimiento personal*, etc.). Este tiempo es, como afirmaba Martin Heidegger (1999, p. 31), *el tiempo del reloj*, es decir, “*algo en lo que se puede fijar arbitrariamente un punto que es un ahora, de tal manera que en relación con dos puntos temporales siempre se puede decir que uno es anterior y el otro posterior*”. También es el tiempo de la duración, del ser que insiste en su ser y que aún dejando de ser quiere seguir siendo. Es el tiempo de la inercia y de la identidad. Es el que nos permite decir es porque fue y seguirá siendo mientras va dejando de ser. Es el tiempo que deja marcas en la piel y fragmentos de un pasado remoto a partir de los cuales el arqueólogo reconstruye toda una cultura. Es el tiempo de lo que Michel Foucault (1984) llamaba *bloques históricos*, es el tiempo de los grandes acontecimientos que nos permiten tener una idea más o menos amplia de nuestra procedencia y de nuestros rasgos actuales de existencia. En fin, es el tiempo de la memoria real, del archivo, de lo recordable.

Para Friedrich Nietzsche (2000), este tipo de temporalidad está implicada en el término *historia*. Para él, la historia es el resultado de tener presente de manera más o menos sistemáticamente o, en todo caso, constante lo que el pasado mismo asegura que sucedió. Por ejemplo, la expresión con la que algunos textos importantes para la vida espiritual de millones de personas (*En aquel tiempo...*) no hace más que advertir que lo que se dice ocurrió en un momento y en un lugar comprensibles, y que aquello que se narra puede considerarse que existió aunque más tarde sea difícil probar que con el movimiento de un báculo el mar se abriera en dos o que un hombre caminara sobre el agua, etc.

Para Nietzsche, hay tres tipos de historia: la monumental, la anticuaria y la crítica. En la historia monumental, lo acaecido en lo que tenga de importante se condensa en la figura del hombre de acción, es decir, en aquel que tiene el poder, en el líder excelso que encabeza batallas y eventualmente, o por sus acciones, se convierte en modelo, maestro, héroe, esto es, en un ser que sólo accede al presente en forma de monumento, es decir, en forma de objeto que, como ya se sabe, tiene una función básicamente recordatoria. En este sentido, el presente es el punto de la línea temporal dedicado a recordarlo, imitarlo y distribuirlo por el imaginario social en forma de *lo bueno de ser* tanto en el plano de las costumbres como en el plano de los actos.

La historia monumental asume el porvenir como una ramificación constante del pasado. Sobre su base se construyen plazas, se nombran calles, y se cree que el valor del comportamiento que es será siempre inferior al valor del comportamiento que fue. En cierto modo, el héroe con su ejemplo y las formas sucedáneas de su figura (básicamente sus monumentos) clausuran el porvenir y fijan el presente. Nada es ni será tan glorioso como lo que fue, si lo que fue o lo que se recuerda pertenece al orden de lo inmejorable. Así, no habrá un segundo Bolívar, sino epígonos bolivarianos. En resumidas cuentas, y vinculando lo dicho con el tema que nos interesa, para este tipo de visión, la sostenibilidad pertenece al pasado; un pasado ínclito donde la continuidad de la existencia estaba supeditada a las salidas heroicas de unos agentes específicos. Este tiempo es afín al tiempo de las culturas tribales de las que hablaba Dasmann (1985).

Por su parte, la historia anticuaria considera que aquello que ha podido conservarse de una manera más o menos intacta hasta nuestros días posee un valor eminente. En este sentido, toda entidad cuya existencia permanezca incólume a pesar del paso del tiempo merece un lugar privilegiado en el presente. De hecho, los movimientos predilectos de un anticuario son preservar y venerar. La virtud reside en aquel que conserva e interpreta constantemente el pasado en función de los signos que lo preservado va revelando en el tiempo presente. La memoria habita en el objeto antiguo, justifica el presente y exige que ese objeto sea conservado de cara al futuro. La historia anticuaria es la historia de los museos y de las ordenanzas cívicas de conservación del patrimonio arquitectónico de las ciudades. En este caso la idea de sostenibilidad adopta la forma de la conservación. Por ejemplo, este es el tipo de lógica de los santuarios naturales y de los parques nacionales.

Ya para finalizar esta sección, nos queda la historia crítica. El 'esto es' de la memoria crítica pudiera resumirse en este imperativo: *debemos diferenciarnos radicalmente del pasado*. Extrañamente, para materializar esa diferencia, la crítica no hace sino recordar ese pasado teniéndolo siempre presente. La historia crítica remueve el pasado para descubrir en él todo lo que es preciso que sea juzgado en el presente aun cuando ya tiene claro que el veredicto es 'culpable'. Y la pena por excelencia es que el pasado sea borrado de la memoria colectiva o, si no es posible borrarlo, entonces redefinirlo. El crítico vive el presente recordando constantemente la indignidad arraigada en el pasado y que impide nos encaminemos hacia un futuro feliz. Esta, por ejemplo, es la actitud habitual de los revolucionarios basados en la utopía comunista. Para ellos, todo logro presente es cuestionable si no proviene de un pasado revolucionario. En este sentido, su fatalidad estriba en estar condenado a proponer y asumir una revolución eterna, ya que invariablemente siempre hay un pasado perverso que cuestionar. Así, los revolucionarios, acaso regidos por una nostalgia negativa, viven el presente con la angustia de tener que luchar contra un pasado tozudamente avieso que siempre está dando muestras de nuevas y terribles distorsiones de la realidad. Para los fines de la sostenibilidad, los seguidores de esta perspectiva se dedican a denunciar la existencia de cementerios de desechos tóxicos y a revelar planes oscuros ideados con cierta antelación para contaminar el presente y hacer insostenible el futuro.

Hasta aquí hemos hablado del tiempo horizontal. A continuación expondremos una visión alternativa que a ratos parece que quisiéramos inducir por la vía del elogio exacerbado, pero que en realidad puede convivir con la que acabamos de exponer. Cabe decir que, desde nuestro punto de vista, esta otra posibilidad tiene mucha afinidad con la temporalidad que rige las relaciones sostenibles y, específicamente, con la que sostiene pequeños acontecimientos como cruzar la calle en pasos gestionados semafóricamente.

La verticalidad del tiempo

El tiempo vertical es el tiempo que Horacio asumía y prescribía como actitud existencial: lo que importa en realidad es el presente. El tiempo vertical se verifica en el acontecimiento en el momento justo en que emerge. En este sentido, solamente considera admisible el ahora. Todo movimiento temporal hacia adelante o hacia atrás tiene como plataforma inicial el presente. El tiempo vertical es el tiempo del asombro, de la espontaneidad, de la improvisación, del acaso, del accidente, de la inspiración y, general, del descubrimiento repentino.

“El tiempo sólo tiene una realidad, la del Instante. En otras palabras, el tiempo es una realidad afianzada en el instante y suspendida entre dos nada”, afirma Gaston Bachelard (2002, p. 11). Esto quiere decir que, en el plano ontológico, la realidad carece de duración y carencia posible porque, según el mismo Bachelard, realidad e instante coinciden. Tanto el pasado como el futuro carecen del valor ontológico suficiente para producir por sí mismos lo que se conoce como presencia. Sólo puede estar aquí y ahora aquello que no está ni en el pasado ni en el futuro o que se ubica allí desde el presente de manera fantasmática. Si no está en el presente, forma parte de una suerte de cementerio metafísico: “...aquello que está más muerto que la muerte es lo que acaba de desaparecer” (Bachelard, 2002, p. 13). Todo ocurre ya, y lo que ya no ocurre fenece con el instante.

Según Bachelard, no poseemos la disposición fisiológica para captar todos los pormenores existenciales de la instantaneidad ni la forma discontinua que adopta el tiempo:

“Si nuestro corazón fuera suficientemente vasto para amar la vida en el detalle, veríamos que todos los instantes son a la vez donadores y expoliadores, y que una novedad joven o trágica, repentina siempre, no deja de ejemplificar la discontinuidad esencial del Tiempo.” (Bachelard, 2002, p. 13)

“...en la medida en que es decisiva, toda evolución está marcada por instantes creadores.” (Bachelard, 2002, p. 16)

Así, la duración pertenece a la esfera de la ficción adaptativa; es decir, enlazamos los instantes discretos y construimos un efecto de continuidad, tal como ocurre con los fotogramas en el cinematógrafo. Dicho con palabras de Bachelard: *“En su obra de conocimiento, el espíritu se presenta como una fila de instantes separados con claridad. Escribiendo su historia, artificialmente como todo historiador, el psicólogo pone en ellos el*

vínculo de la duración" (2002, p. 17), i.e., "*con instantes sin duración se puede construir la duración*" (Bachelard, 2002, p. 18). Así, en general, aun cuando experimentamos *la ilusión de continuidad*, vivimos en el presente: "*hay identidad absoluta entre el sentimiento del presente y el sentimiento de la vida*" (Bachelard, 2002, p. 18).

Cabe decir que para Bachelard hay una diferencia sustancial entre la *acción* y el *acto*. La acción es procesual y, como todo proceso, necesita que el tiempo pase, es decir, necesita una plataforma temporal donde la existencia se despliegue y se desarrolle. Por su parte, el acto es la expresión instantánea de la existencia. De igual modo, el instante, en la medida que es actual, también es activo. Vivir es actuar, porque "*la naturaleza del acto es ser actual*" (Bachelard, 2002, p. 21). Así, "*la vida no se puede comprender en una contemplación pasiva; comprenderla es más que vivirla, es verdaderamente propulsarla*" (Bachelard, 2002, p. 20). Los instantes son cambiantes, son formas que dan paso a otras formas, y éstas no siempre se siguen de aquéllas, pues la "*vida es lo discontinuo de los actos*" (Bachelard, 2002, p. 21). La existencia, vista con detenimiento y en detalle, no adopta la forma de una línea continua, sino de puntos dispersos, es decir, de actos. Cada instante es portador de novedad y no responde a un *telos* específico ni es garante de la identidad de los seres en el mundo. El modo de ser de los instantes es afín a la idea de repetición en Deleuze (1988, p. 38): "*repetir es comportarse, pero por relación a algo único o singular, que no tiene semejante o equivalente*". Se repite aquello que no puede comenzar nuevamente como un *en sí*; se repite lo *irrecomenzable*.

Si, por ejemplo, preguntamos a alguien *¿por qué decide pasar cuando el semáforo está en rojo?*, probablemente dará un conjunto de respuestas donde notaremos, sin lugar a duda, que ha actuado siguiendo la lógica del tiempo vertical. Queriendo o sin querer, evadirá el mandato abstracto que obliga a actuar en todas las ocasiones del mismo modo, y se decidirá por el acto que le permite llegar antes o agenciar la impaciencia. En ocasiones, sus razones instantáneas pueden funcionar como dispositivo de resistencia ante el control social: *cruzo para oponerme al orden establecido*, y cosas por el estilo.

También puede afirmarse que, en el caso del tiempo vertical, gestionamos la relación con el acontecimiento y esa gestión no compromete el darse en el instante del existente, es decir, que es sostenible. Dicho de otra manera, para gestionar hay cosas que debemos asumir instantáneamente, por ejemplo, vemos la luz roja, pero pasamos por alto su componente normativo. Si a cada instante tomáramos en cuenta la norma, seguramente no cruzaríamos. Así que la soslayamos, la traducimos, o, dicho en los términos que venimos trabajando, la norma ocurre en un *instante otro que el nuestro*. Dicho de una manera menos filosófica, 'pasamos de la luz'. Construimos una excepción instantánea que favorece otros intereses o metas más dominantes. Se trata de una suerte de conveniencia existencial que surge en el instante y que no forma parte de un plan lineal bien trazado.

Visto y dicho así, pudiera pensarse que el instante es algo así como una presencia omnímoda de carácter metafísico. Desde nuestro punto de vista, la vida y el mundo en general, no se dan en instantes aislados, sino en instantes relacionados entre sí. Un

acontecimiento puede explicar o servir para comprender el todo de los acontecimientos. Pensemos, por ejemplo, en lo que sucede actualmente con la idea de ‘crisis’. La crisis es un acontecimiento que explica un conjunto heterogéneo y disperso de acontecimientos y, a su vez, éstos son las pruebas que explican la existencia de aquélla. Si cambiamos crisis por inconsciente, o por dinero, o por política, o por amor, o por semáforo, el resultado es más o menos el mismo. Lo que diferencia un caso de otro es la forma como se ordenan y relacionan los acontecimientos en cada instante. En este sentido, no todo es sólo un acontecimiento instantáneo, pero también todo puede ser sólo un acontecimiento instantáneo. Este tipo de razonamiento comparte lindes de sentido con la idea de situación ofrecida por Alain Badiou (1999): lo uno no existe como un *en sí*, sino como una operación. El ser acontece, y lo hace según un sistema de actualización compuesto y misceláneo que se llama *situación*, la cual se entiende como “*una presentación estructurada*” (Badiou, 1999, p. 35) cuya multiplicidad es al mismo tiempo consistente e inconsistente. En el caso de la consistencia, la situación es un múltiple que se da como un uno; por ejemplo, ‘cruzar la calle’ es el resultado de la confluencia de múltiples instancias existenciales: calle, semáforo, peatón, acera, etc. En el caso de la inconsistencia, ‘cruzar la calle’ es, de hecho, ‘muchos unos’ susceptibles de numerarse: calle, semáforo, peatón, acera, etc. En resumen, una situación es una multiplicidad que se da como un uno y que se compone de muchos. Un acontecimiento o un acto es una ocurrencia en la multiplicidad.

Esta forma de considerar la existencia es parte fundamental de la perspectiva teórica que hemos asumido. Tal como adelantamos en la introducción, su nombre es Teoría del Actor-Red (ANT por su acrónimo en inglés). Según la ANT no hay que remontarse al origen de nada para comprender un acontecimiento particular. Lo importante es el tiempo y el lugar donde se da todo lo que hace que el acontecimiento sea un acontecimiento. Lo importante es el instante. Para que la luz roja detenga a los peatones o a los conductores o para que no se la tome en cuenta, deben existir ‘ya’ los coches, el paso de cebra, el semáforo, la acera, etc., es decir, todo lo que pudiéramos llamar la red del evento. Este ‘ya’ que marca el acto del agente no hace referencia al pasado, como en la frase *El semáforo ya estaba ahí*; tampoco hace referencia al futuro, como en la expresión *Ya le prestaré atención al semáforo cuando sea el momento*. Hace referencia al presente inmediato, como en la locución: *¡Cruza ya!*

Tal vez para la mayoría de los seguidores de esta aproximación, lo que hemos venido afirmando pueda parecerles una imprecisión significativa, ya que uno de los movimientos comprensivos característicos de la ANT consiste en rastrear las conexiones entre los acontecimientos partiendo de uno específico. *Rastrear*, como ya se sabe, consiste en desplazarse hacia al pasado partiendo del presente para luego orientarse hacia el futuro. El rastro sugiere que el agente se traslada y que va dejando huellas. Éstas son el signo de una temporalidad que va de un antes a un después, y que funciona como índice de lo que ha sucedido. No obstante, para la ANT, o al menos para su máximo representante, Latour, el rastreo no necesariamente consiste en seguir una línea recta ni remontar la línea del tiempo. Rastrear es moverse entre campos de intensidades heterogéneas (Deleuze y

Guattari, 1988); i.e., campos donde se despliegan las diversas fuerzas con que se manifiestan los agentes (cualidades, afectos, magnitudes físicas, etc.). Aclaremos que aun cuando esta referencia a la ANT es exageradamente breve y no hay un desarrollo conceptual del tipo 'el acontecimiento X es un caso de la noción Y', buena parte de nuestro texto, por no decir todo el texto, tiene como referente teórico de base esa aproximación. Grosso modo, sin los aportes de Latour hubiera sido imposible para nosotros establecer una relación entre cruzar la calle, la sostenibilidad relacional urbana y el tiempo vertical.

Otra aclaración sobre la asunción de la ANT está relacionada con el término 'no-humano'. Desde esta perspectiva es posible diferenciar dos movimientos de comprensión del mundo o de los mundos. El primer movimiento consiste en asumir una suerte de ontología animista, es decir, considerar que los objetos y la naturaleza en general tienen agencia. El objeto *hace cosas*, e incluso de él se pueden predicar disposiciones tradicionalmente humanas. En este sentido y por modo de ejemplo, se puede decir que un objeto es fiel a su función pero también se puede afirmar que la traiciona. Tomemos por caso una llave. En un primer momento podemos decir que la llave solamente funciona porque una persona la introduce en el ojo de la cerradura y la hace girar. Sin embargo, en un segundo momento, si pensamos en la intención o necesidad de abrir la puerta sin ella, la condición agencial de la llave comienza a configurarse con cierta claridad; es decir, actualizamos que no es el humano *nada más* el que abre la puerta, sino que la llave *también lo hace*. Si extendemos un poco más el ejemplo, el uso continuado de la llave invariablemente llevará a un desgaste e incluso a una fatiga de los materiales tanto de la llave como de la cerradura misma. La relación entre la llave y la cerradura y entre éstas y el metal y el tiempo, etc., es decir, las relaciones inter-objetivas o relaciones entre entidades no-humanas pueden llegar a impedir que a la entidad humana le resulte muy difícil, cuando no imposible, abrir o cerrar la puerta. Hay ejemplos más poéticos o, si se quiere, misteriosos. Algunas culturas consideran que atar en la muñeca de un niño recién nacido una cinta roja a la que a su vez está atado un fragmento de coral negro esculpido en forma de diminuto puño cerrado, le protegerá de las miradas malintencionadas del Otro y de enfermedades de etiologías esotéricas indescifrables para voluntades racionales como las científicas. En estos casos se trata de un objeto-agente, un mediador, que funge de escudo metafísico protegiendo a quien lo porta de ataques igualmente metafísicos. Se trata de un objeto capaz de distinguir el peligro y activar dispositivos de neutralización de la amenaza. Es más, este tipo de objetos, en el marco de esas culturas, son un ejemplo particular de automatismo y eficiencia. No hay que hacer nada para que funcionen porque siempre funcionan y lo hacen de la mejor manera posible. Es como si el objeto supiera cómo actuar y, por ende, actúa. ¿Qué ocurre dentro de este mediador? No lo sabemos, aunque explicaciones no faltan. Se trata, diría Latour, de una caja negra, es decir, un adentro del objeto cuyos pormenores no son necesarios para que ese objeto establezca conexiones con otros agentes. A fin de cuentas, resumiendo, la ANT suma el mundo objetual a su campo comprensivo ampliando el espectro de las posibilidades humanas.

De lo dicho se desprende el segundo movimiento. Tal como hemos venido anunciado, en el

marco de la ANT la cuestión ontológica entre lo humano y lo no-humano no admite diferencias sustanciales. Lo no-humano no tiene un status existencial menor o accesorio respecto de lo humano, y, según cómo se lo vea, puede que tenga el mismo. En este sentido, cuando se dice *mis zapatos son muy cómodos* el verbo *ser* produce el mismo efecto óptico que produce cuando se dice *mi hija es una belleza*. Estamos hablando de agentes simétricos en el plano ontológico. En un primer momento, esta condición conducía a la distinción de lo que se denominaba relaciones sociotécnicas; esto es, el concurso activo, agencial, entre la inter-subjetividad y de la inter-objetividad (Latour, 2005); luego, se prefirió hablar de asociaciones heterogéneas. Esto significa que la materia prima de las relaciones no está en los signos, tampoco en los cuerpos humanos solamente, sino en ambos conjuntamente con el vasto y misceláneo conjunto de lo no-humano. Los asuntos relacionados con la sostenibilidad son ejemplares al respecto, es decir, siempre son una muestra de cómo se despliegan y conforman las asociaciones heterogéneas. Así, para que el humano continúe siendo humano y viva bien, debe tratar al mundo como su par porque, a decir verdad, es su par.

Siguiendo con nuestro argumento principal, es decir, el tiempo vertical y la sostenibilidad manifiestos en el acto de cruzar la calle, podemos afirmar, a modo de resumen, que la unicidad múltiple del acontecimiento que se manifiesta en la interconexión en red de los instantes es el marco ontológico y, también, epistemológico donde se desenvuelven la sostenibilidad relacional urbana. Incluso, nos atreveríamos a proponer que para entender un acontecimiento como cruzar la calle respecto de la sostenibilidad relacional urbana sería de gran ayuda tener presente esa plataforma argumentativa o, si se quiere, esa manera de ver la realidad.

Ahora bien, a continuación ofreceremos dos entradas de nuestro diario de campo que muestran un poco de dónde surgen estos argumentos. El diario fue elaborado siguiendo un procedimiento particular. Básicamente, realizamos una serie de observaciones flotantes en algunos puntos de la ciudad de Barcelona y, subsecuentemente, las registramos conformando ese diario.

¿Qué significa esto de ‘algunos puntos’? Llevar a cabo una observación exhaustiva y total de los pasos peatonales de Barcelona es una empresa difícil, cuando no imposible de realizar. Ver todos los pasos o ver algunos en todos sus momentos es impracticable si no se tiene una disponibilidad cabal y unos recursos excesivos. Debido a estas razones, que evidentemente apartan a cualquiera del mundo práctico, tomamos la decisión de diseminar la aproximación etnográfica que asumimos, y redelimitar los lindes del registro. En lugar de bosquejar de antemano cuáles cruces observaríamos, decidimos que estaríamos siempre en disposición de registrar aquello que ocurriera en los cruces por los que los observadores pasasen. En este sentido, se incluyeron los cruces habituales así como también los ocasionales. Como ya hemos dicho en otras ocasiones, esta decisión no fue una derivación de las revisiones bibliográficas sobre la cuestión de la etnografía. Surgió un poco accidentalmente a partir de las conexiones que tenemos con personas que no han estado directamente relacionadas con nuestra investigación, pero que han tenido la oportunidad de

enterarse de su tema y de algunos de sus objetivos. A lo largo de los últimos tres años, amigos y amigas, colegas, familiares y conocidos de paso, al conocer nuestro interés, espontáneamente lo incorporaron a sus desplazamientos por la ciudad. Así, de vez en cuando nos llegan fotos y relatos de lo que ocurre cuando las personas cruzan la calle, no sólo en Barcelona sino en varias ciudades del mundo. Este procedimiento nos permitió concluir que el registro no necesariamente está relacionado con una disposición de sistematización omnimoda. Más bien, tiene que ver con una actitud flotante de captación del acontecimiento. Y eso, precisamente, fue lo que hicimos.

También hemos mencionado la descripción densa. Esta mención requiere una aclaración. Si bien usamos esas dos palabras, en la práctica se trata más bien de una traducción de la propuesta etnográfica que hiciera Clifford Geertz comenzando los años 70 del siglo pasado. Según Geertz (2003, p. 21), la etnografía implica “*establecer relaciones, seleccionar a los informantes, transcribir textos, establecer genealogías, trazar mapas del área, llevar un diario, etc.*” Sin embargo, esos procedimientos no definen la empresa. “Lo que la define es cierto tipo de esfuerzo intelectual: una especulación elaborada en términos de [...] *descripción densa*” (énfasis en el original). Aun cuando Geertz no dice con precisión qué cosa sea la descripción densa, ofrece una idea más o menos clara de lo que es. Describir densamente implica observar una serie de eventos particulares, que a primera vista pueden resultar insignificantes o superficiales, y luego ir formulando inferencias y produciendo implicaciones relacionadas con otras estructuras de significación determinando así “*su campo social y su alcance*” (Geertz, 2003, p. 24). “*El antropólogo de manera característica aborda esas interpretaciones más amplias y hace esos análisis más abstractos partiendo de los conocimientos extraordinariamente abundantes que tiene de cuestiones extremadamente pequeñas*” (Geertz, 2003, p. 33). En este sentido, nos hemos centrado en un pequeño acontecimiento, i.e., cruzar la calle, y construimos un conjunto de inferencias sobre su relación con otros actores humanos y no humanos. Para nosotros, la palabra ‘denso’ no significa profusión, vastedad o exhaustividad. Más bien, consideramos que se trata de un término que nos permite situar en un mismo espacio de sentido una particularidad y una generalidad, es decir, el acontecimiento y su trama existencial; en nuestro caso, cruzar la calle y su conexión con el tiempo vertical y la sostenibilidad relacional urbana. Así, luego de presentar la entrada del diario de campo, ofrecemos de manera condensada una interpretación teniendo presente que esa interpretación no da cuenta cabal de la densidad del acontecimiento y el receptor o receptora podrá elevar o disminuir esa densidad según sus propios recursos de recepción. Inclusive, puede decidir que la nuestra no es una descripción densa y que más nos valdría usar otra denominación.

Una vez presentada esta acotación metodológica, solamente resta decir que el diario comenzó a escribirse el 25 de septiembre de 2007 y, debido al carácter flotante y asistemático del registro, aún sigue abierto. Presentamos, entonces, la primera nota escrita el 8 de junio de 2010. La ciudad es Barcelona. Tanto en ésta como en la próxima, el narrador es el primer autor de este artículo.

1) Instante y distancia

La Calle Balmes, justo en el cruce que da al Mercat de Sant Gervasi, tiene doble sentido, es decir, sube a la montaña y también baja de la montaña. Esto es así desde que la atraviesa la Vía Augusta; punto donde sólo baja hasta llegar al centro de Barcelona, en la Calle Pelai. Bien, en el cruce que mencioné al principio hay un semáforo que gestiona el cruce de peatones. Es un semáforo de función simple: detiene a los coches que van en un sentido y en otro para que las personas crucen. Esto lo hace con las tres luces clásicas. Cabe decir que es el único cruce formal que existe desde la Ronda del General Mitre hasta la Calle Castanyer. Las personas que salen de la Plaça de Figuerola, que se encuentra a mitad de camino entre la mencionada Ronda y el cruce en cuestión, deben caminar hacia arriba aproximadamente una cuadra si quieren cruzar hacia la acera de enfrente. O caminar hacia abajo una cuadra para hacer lo propio. Por supuesto, entre el semáforo del Mercat y el de la Ronda la gente cruza sin subir ni bajar tanto. Esto lo hacen aprovechando a la distancia el cambio de las luces. Puesto que no hay otra entrada hacia Balmes desde la Ronda o desde el Mercat, si el semáforo del cruce está en rojo y el de la Ronda también, no hay peligro de cruzar. Sólo hay que coincidir con esta coincidencia. Si se observa de pasada este tipo de comportamiento, uno pudiera pensar que se trata de una transgresión o de un gesto de irresponsabilidad vial. Sin embargo, con solo ver hacia los lados pronto se notará que los humanos que optan por ahorrarse una caminata no son tontos, ni los semáforos son inútiles. Simplemente, reinterpretan y acomodan la noción de cruce peatonal si ésta supone lo que Bataille llamaba un gasto improductivo, es decir, un lujo normativo que no se traduce en seguridad sino en cansancio físico y pérdida de tiempo. Quien vive en el instante, opera no en contra de la norma sino que la ubica en su propia actualidad: *Voy a la tienda de enfrente y quiero cruzar ya sin tener que caminar tanto*. En el caso de los no-humanos, es evidente que su agencia no se reduce a estar plantados al borde de la acera. Los semáforos se conectan con los coches para que el rojo no sólo funcione cuando se lo ve, sino cuando se ve a las entidades que ese rojo detiene. El peatón distanciado, por llamarlo de alguna manera, observa desde lejos que los coches están detenidos, lo cual funciona por el rojo del semáforo. No es que estén detenidos por el rojo, sino que *son* el rojo. Visto así, más que saltarse la norma, la acatan a distancia, y en poco ponen en riesgo la continuidad de su existencia, es decir, se ubican por un instante en el lado sostenible de la relacionalidad urbana.

Tal como puede leerse en la nota, en un primer momento, la asunción de la temporalidad vertical, es decir, la temporalidad regida por el instante, en cierto modo marca una oposición respecto del curso normativo de las cosas: pudiera decirse que se trata de una contravención. Sin embargo, en un segundo momento, esa oposición demuestra ser una forma alternativa y tal vez sostenible de relacionarse con el dispositivo artefactual. Pudiéramos decir que existe un vínculo alternativo, por llamarlo de alguna manera, entre la norma percibida a distancia y el tiempo definido por la lógica de la instantaneidad. Esta última, en cierto modo, es afín a los imperativos de la conveniencia. Visto desde una perspectiva cenital, el agente humano detenido en medio de dos bordes normados intenta, porque le conviene, saltarse la norma sirviéndose a su vez del aura normativa cuyo núcleo de irradiación o, si se quiere, epicentro lumínico está lejos. El alcance de la luz es también el alcance de la norma. No se limita al ancho de la calle, sino que puede llegar a extenderse longitudinalmente *hasta donde la vista alcance*, y también puede delegar su función en otros

agentes como los coches detenidos o los peatones cruzando a lo lejos, con lo cual permite por un instante que el Otro actúe según los dictados de sus intereses y, al mismo tiempo, se mantenga residualmente al interior del espacio normativo, es decir, que no ponga en peligro la continuidad de su existencia y por ende permanezca dentro de los márgenes de la sostenibilidad relacional urbana, tal como lo hacen los agentes con los que se conecta remotamente. De hecho, nos atreveríamos a decir que se trata de una versión o traducción sociotécnica del control remoto.

2) La instantaneidad de los mediadores locales

Barcelona, 7 de junio de 2009. En Las Ramblas la cuestión semafórica adopta la forma de su usuario más común: el turista. ¿Qué es un turista? Si tomamos como referente el que circula por allí, es una persona *que quiere ver todo lo que está determinado que se vea y quiere estar delante de lo que ve junto con todos aquellos que tienen su misma finalidad*. Es también una persona que se desplaza al ralentí. Que puede que tenga un destino, pero que puede cambiarlo o llegar a él con una serie de escalas preliminares que van desde sentarse en una terraza a beber una caña, hasta detenerse ante uno de esos saltimbanquis que pueblan Las Ramblas para aplaudirle con marcado entusiasmo. Aunque su detención característica es la fotográfica: el turista es aquel o aquella que se detiene para tomar una foto o para que le tomen una foto. Esto en él o ella es casi una compulsión. El turista no vive el presente de la experiencia, sino que se sale de ella, fotografía su salida para luego recordar que pudo haberla vivido. Resumiendo, el turista es un mediador y, como tal, no es fácil predecir su trayectoria. En este sentido, cuando el turista quiere salirse de Las Ramblas y cruzar la calle, lo hace independientemente de la regulación semafórica, y los semáforos de Las Ramblas, sobre todo a medida que se acercan al mar van perdiendo consistencia hasta permanecer apagados o en la recurrente intermitencia del ámbar. El turista, como el nómada de Dasmann, no está interesado en relacionarse con los mediadores locales sino por un instante. Los ve, los acata o los obvia, y se marcha.

En esta segunda entrada, el nomadismo turístico de los agentes humanos funciona de manera tal que su desplazamiento por la ciudad se redefine a cada instante según el carácter voltario e instantáneo de los intereses personales. En este sentido, el núcleo normativo, subordinado a la lógica de la temporalidad vertical, se transforma y el semáforo acaba presentándose como un agente cecuciente a la inversa, es decir, que no va dejando de ver sino que va dejando de ser visto. Aquí, los mediadores, es decir, los semáforos, los turistas, las normas, etc., se conectan en un instante de modo tal que los unos traducen la función de los otros. De un instante a otro, el turista cruza cuando quiere y el semáforo funciona cuando puede. Del mismo modo, el turista parece actuar según un principio de suspensión instantánea de ciertas obligaciones civiles basándose en la licencia que da *el no ser de aquí*. Puesto que su presencia es provisional, su comportamiento de cara a las normas también es provisional, y el semáforo al interior de esa provisionalidad poco a poco va adquiriendo un estatus existencial más bien fantasmático.

Tanto en ésta como en la entrada anterior, la comprensión del *ser-ahí* de los mediadores es posible gracias a la actuación cercana o lejana de lo que Alfred North Whitehead llamaba

‘complejos auxiliares’, noción que, a pesar de la distancia temporal, comulga de buen grado con la lógica de la ANT. Y para finalizar la presentación de estas dos entradas, haremos un breve inciso con la intención de dejar más o menos clara esta relación. Al comienzo de *“El concepto de naturaleza”*, Whitehead (1968, 1971), palabras más, palabras menos, sostiene que la diferencia básica entre la naturaleza y el pensamiento es que en la primera no hay el segundo. Es decir, que no hay nada en la naturaleza *que piense*. En este sentido, sostiene que *la naturaleza está cerrada a la mente*. Esto se debe a que la naturaleza tiende a ser autocontenida. Está conformada por una serie de entidades que no requieren del pensamiento para existir, para darse en el mundo tal como se dan. Incluso, sólo basta percibirlos para que nuestra consciencia *note* que *están ahí*. Alcanzado este punto, y ya que ha usado el término, Whitehead considera pertinente definir qué entiende por *entidad*. Ofrece entonces una definición en apariencia simple: una entidad es una cosa. Inmediatamente, agrega que *todo pensamiento ha de ser acerca de cosas*. Puesto que parece creer que ese enunciado requiere de una explicación adicional, sugiere una analogía: compara el pensamiento con la estructura de una proposición. Una proposición, dice Whitehead, está hecha de frases, y las frases pueden ser de dos tipos: demostrativas y descriptivas. Las primeras permiten que una persona cualquiera le diga a otra lo que una cosa es, dejando claro que eso que es la cosa nada tiene que ver con las frases que se usaron para hablar de ella. Por ejemplo, cuando se dice a alguien lo que es volar mostrando unas palomas en Plaza Catalunya. Más adelante, refiriéndose a estas mismas proposiciones, Whitehead concluye algo extraordinario y que, desde nuestro punto de vista, tal como hemos adelantado, comulga con la lógica de la ANT. Dice el filósofo que una proposición acerca de un factor en la naturaleza no puede ni expresarse a los otros ni retenerse para que los otros lo repitan sin la ayuda de complejos auxiliares que son irrelevantes para la proposición misma. ¿Qué significa esto? Pues que cuando muestro las palomas en Plaza Catalunya como índices de vuelo, la Plaza y todo lo que ella supone en su complejidad habitan en la proposición de manera larvada y, al mismo tiempo, de manera necesaria. Dicho de otra manera, las proposiciones suelen ser elípticas: dicen todo lo que tienen que decir sin decirlo todo; este segundo «todo» funge de complejo auxiliar. ¿Por qué decimos que esto tiene que ver con la lógica de la ANT y, por ende, con buena parte de lo que hemos dicho en este artículo respecto de la sostenibilidad relacional urbana? Pues porque cualquier acontecimiento, aparentemente pequeño y discreto, adquiere su sentido a partir de esos complejos auxiliares que en un primer momento parecen no ser relevantes de cara a la comprensión del aquí y el ahora de ese evento, pero elípticamente requieren estar conectados con ese lugar y en ese momento para que el evento se dé en el mundo como tal. Requieren que todo se conecte en un instante. Por ejemplo, cuando el semáforo cambia a rojo para los coches, los peatones cruzan la calle y ya está. No obstante, presentes pero ocultos o con una morfología que no necesariamente los hace resaltar actúan agentes heterogéneos como la sensibilidad de la retina, la longitud de onda, el espectro electromagnético, la cultura, los electrones, los cables, el cobre, el plástico, el petróleo, el concreto, el clima, la voluntad, el interés, la condición de turista, el tiempo, la ciencia, la prisa, etc. La sostenibilidad relacional urbana, partiendo del pequeño acontecimiento que ocurre en un instante y no en otro, requiere para su comprensión del concurso de la red de

complejos auxiliares, es decir, de la red de mediadores misceláneos que hacen posible que un acto sea un acto.

Palabras de cierre

Hasta aquí hemos hecho referencia a varios aspectos que, en un primer momento, parecen inconexos entre sí o, mejor dicho, sus conexiones no siempre saltan a la vista. En este apartado final no queremos resumir lo dicho ni traer a la luz esas conexiones ocultas; tampoco queremos armar unas conclusiones categóricas que fuercen al lector o lectora a darnos la razón o a rechazarnos frontalmente. Solo subrayaremos de modo más o menos sintético algunas cuestiones que desde nuestro punto de vista merecen ser subrayados, aunque también hablaremos de otros que hasta estuvieron presentes de forma diluida en ciertos momentos de la argumentación. Eso sí, dejaremos el final abierto al diálogo, pues, para nosotros, así como para Albert Chillón (2010, p. 27), “*frente al conocer concluso, monológico y lineal que la escritura científica y académica promueve, el diálogo posee una fecundidad mayéutica*” que favorece la crítica, el acuerdo y, también, el desacuerdo.

Así pues, la sostenibilidad relacional urbana, como la mayoría de las nociones en las ciencias sociales y las no tan sociales, es una noción compleja. Comprenderla implica tomar en cuenta elementos que van de la relación humano-humano a la relación humano-no humano, pasando por una red de relaciones inter-objetivas, tal como sugiere la Teoría del Actor-Red (Latour, 2005, 2002, 2001), de la cual raras veces se puede dar cuenta de manera cabal. En este sentido, las posibilidades heurísticas de la sostenibilidad relacional urbana aumentan si, tal como sugiere la ANT, la observamos desde un punto de vista que incluya la interconexión de eventos heterogéneos aun cuando en un primer momento se los pueda juzgar como insignificantes o superficiales, v.g., cruzar la calle. A su vez, la intelección de estos acontecimientos se beneficia si tomamos en cuenta que se dan en un marco temporal conformado por múltiples instantáneos y, al mismo tiempo, por instantes múltiples. El tiempo vertical, oponente pero no sustituto del tiempo horizontal, sugiere acercarse a la normatividad sobrepasando los límites de su condición abstracta, y prestar atención al instante de su actualización. Ya para finalizar, consideramos necesario profundizar y extender el estudio de la sostenibilidad relacional urbana en pro de la creación de nexos alternativos con los pequeños acontecimientos que forman parte de y hacen la vida urbana.

Referencias

Abbott, Andrew (2001). *Time matters*. Chicago: The University of Chicago Press.

Bachelard, Gaston (2002/1932). *La intuición del instante*. México: Fondo de Cultura Económica.

Badiou, Alain (1999). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial.

- Bagheri, Ali y Hjorth, Peder (2005). Monitoring for sustainable development: a systemic framework. *International Journal of Sustainable Development*, 8(4), 280-301.
- Bagheri, A. y Hjorth, P. (2007). Planning for sustainable development: A paradigm shift towards a process-based approach. *Sustainable Development*, 15, 83-96.
- Bauman, Zygmunt (2003). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Carter, Richard. C. y Howsam, Peter (1994). Sustainable use of groundwater for small-scale irrigation. With special reference to sub-Saharan Africa. *Land Use Policy*, 11(4), 275-285.
- Chillón, Albert (2010). *La condición ambigua. Diálogos con Lluís Duch*. Barcelona: Herder.
- CMMAD. (1988). *Nuestro futuro común*. Madrid: Alianza.
- Dasmann, Raymond F. (1985). Achieving the sustainable use of species and ecosystems. *Landscape Planning*, 12, 211-219.
- Deleuze, Gilles (1988). *Diferencia y repetición*. Madrid: Júcar.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1988). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Foucault, Michel (1984). *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Gebre-Egziabher, Axumite (2004). Sustainable Cities Programme: A Joint UN-HABITAT-UNEP Facility on the Urban Environment with Participation of the Dutch Government. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1023(1), 62-79.
- Geertz, Clifford (2003/1973). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gámez, Rodrigo (1991). Biodiversity conservation through facilitation of its sustainable use. *Tree*, 6(12), 377-378.
- Harding, D. M. (1984). Assessing tropical forest lands. *Forest Ecology and Management*, 7, 235-237.
- Heidegger, Martin (1999/1924). *El concepto de tiempo*. Madrid: Minima Trotta.
- Hjorth, Peder y Bagheri, Ali (2006). Navigating towards sustainable development: a system dynamics approach. *Futures*, 38(1), 74-92.
- Kallio, Tomi. J, Nordberg, Piia y Ahonen, Ari (2007). 'Rationalizing sustainable development' - a critical treatise. *Sustainable Development*, 15(1), 41-51.
- Keirstead, James y Leach, Matthew (2007). Bridging the Gaps Between Theory and Practice: a Service Niche Approach to Urban Sustainability Indicators. *Sustainable Development*, Recuperado el 6 de enero, 2008, de <http://www3.interscience.wiley.com/cgi-bin/fulltext/116836988/PDFSTART>
- Latour, Bruno (2001). *La esperanza de Pandora*. Barcelona: Gedisa,
- Latour, Bruno (2002). *Aramis or the love of technology*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Latour, Bruno (2005). *Reassembling the social. An introduction to actor-network theory*. New York: Oxford University Press.
- Mateo-Babiano, Iderlina e Ieda, Hitoshi (2005). Theoretical Discourse on Sustainable Space Design: Towards Creating and Sustaining Effective Sidewalks. *Business Strategy and the Environment*, 14, 300-314.

- Nietzsche, Friedrich (2000). *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Madrid: Edaf.
- Pinstrup-Andersen, Per y Pandya-Lorch, Rajul (1998). Food security and sustainable use of natural resources: a 2020 Vision. *Ecological Economics*, 26, 1-10.
- Pol, Enric (2002). The theoretical background of the City-Identity-Sustainability Network. *Environment and Behavior*, 34(1), 8-25.
- Pol, Enric (2009). Sostenibilidad, ciudad y medio ambiente. Dinámicas urbanas y construcción de valores ambientales. En R.A. García Mira y P. Vega Marcote (Eds.), *Sostenibilidad, valores y cultura ambiental*. (pp. 183-209). Madrid: Pirámide.
- Ryle, Gilbert (1990/1968). *Collected papers (2)*. Bristol: Thoemmes.
- Serres, Michel (1985). *El contrato natural*. Valencia: Pre-Textos.
- Tils, Ralf (2007). The German Sustainable Development Strategy: Facing Policy, Management and Political Strategy Assessments. *European Environment*, 17(3), 164-176.
- Turkle, Sherry (2007). Introduction: The things that matter. En S. Turkle (Ed.), *Evocative objects: things we think with*. (pp. 3-10). Cambridge, MA: MIT Press.
- Uligati, S., Brown, M. T., Bastianoni, S. y Marchettini, N. (1995). Emergy-based indices and ratios to evaluate the sustainable use of resources. *Ecological Engineering*, 5(4), 519-531.
- Virilio, Paul (2006). *Velocidad y política*. Buenos Aires: La Marca.
- Werner, R. (1993). Ecologically and economically efficient and sustainable use of agricultural landscapes. *Landscape and Urban Planning*, 27, 237-248.
- Whitehead, Alfred. N. (1968). *El concepto de naturaleza*. Madrid: Gredos.
- Whitehead, Alfred. N. (1971). *Concept of nature* (6 ed.). London: Cambridge University Press.
- Williams, Katie y Dair, Claire (2007). A framework of sustainable behaviours that can be enabled through the design of neighbourhood-scale developments. *Sustainable Development*, 15(3), 160-173.

Historia editorial

Recibido: 29/07/2011

Primera revisión: 28/08/2011

Aceptado: 13/10/2011

Formato de citación

Silva, Carlos e Iñiguez, Lupicinio (2011). ¡Cruza ya! Tiempo y sostenibilidad relacional urbana. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 1(1), 101-125. http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/silva_iñiguez



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de Reconocimiento 3.0 España de Creative Commons. Puede copiarlos, distribuirlos, comunicarlos públicamente, hacer obras derivadas y usos comerciales siempre que reconozca los créditos de las obras (autoría, nombre de la revista, institución editora) de la manera especificada por los autores o por la revista. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by/3.0/es/deed.es>

Es responsabilidad de los autores obtener los permisos necesarios de las imágenes que estén sujetas a copyright.

Para usos de los contenidos no previstos en estas normas de publicación es necesario contactar directamente con el editor de la revista.